

QUE LA MUERTE NOS PILLE BAILANDO

En este pueblo, como en otros, a todos nos dan pena nuestros muertos. Si es primavera ya que no verán campos para florecer ni disfrutar de las risas conocidas de los vecinos que aún vivimos. Si es invierno no escucharán la campana que llena el cielo anunciando su despedida. Son de la especie que solo siente el caer del pétalo de una rosa o cómo crecen las semillas que florecen en una sonrisa.

A todos nos entristecía. A todos, excepto a él. Bien es cierto, que había grados de melancolía entre los vecinos al recordar a los ausentes. Algunos, a los que les había abordado la muerte de forma inesperada, les emanaban tristeza y odio a partes iguales por la pérdida. A otros, que habían vivido el decaimiento de un familiar enfermo ,día tras día, se les apoderaba una doble ausencia: la de haber perdido a un ser querido y la del hueco de la dedicación. Y así, en un sinfín de casos, todos sentían la congoja de la pérdida de un modo u otro y el mundo parecía descolorido ante los que podían seguir viviendo en él.

Sin embargo, él no sentía nada y, en su rostro, se había alojado una potente sonrisa solo un día después del entierro. Era, sin duda, una indolencia parida de la aceptación y de un noble e insospechado acuerdo que él había pactado con ella.

La noticia de la muerte había salido en el periódico. Su mujer había sido encontrada sin vida en los Alpes. Un destino que ella misma había querido encontrar en el magnetismo de una de las montañas más fotogénicas por su armonía de proporciones y de perspectiva. Anduvo varios días hasta llegar al ibón. Las fuerzas le vinieron como a quien sabe que hoy puede ser el último día y, no había atardecido, cuando vio el reflejo en el lago. Aquella pirámide invertida y majestuosa, del Cervino, apareció ante sus ojos como si dibujara en el agua la muerte y la vida. Y en la línea

divisoria del reflejo, su mirada estaba encendida...

Sentada sobre el suelo contempló aquella vista y cerrando, los ojos, murió al otro lado de la orilla. Fue una decisión inexorable de ella con ella, que desde luego, nadie hubiera comprendido. Iba a encontrar la muerte allí arriba sin testigos, sin ruido, sin compañía. Sin duda, un despropósito muy jugoso al comentario y poco esperado por tradición y por nuestro concepto de la muerte arropados de nuestros sin medida.

Sus botas y su mochila parecieron saludarla desde la buhardilla cuando, tras saber el tiempo que le quedaba, fue a buscarlas para emprender su última andaduría - *Que el fin del mundo me pille bailando* – se dijo. *Igual que lo canta Sabina.*

Y le decidió dejarle a él una carta como regalo de despedida, una relación de pensamientos para amortiguar su partida.

Domingo, 6 de marzo, 1983

Lo sé. Ni a ti ni a mí se nos escapa. Han sido vientos huracanados, de brisa, helados y cálidos los que nos han pintado el rostro desde que empezamos a crecer juntos y a envejecer. Y, aunque no quiero ni puedo cambiar la trayectoria de nuestros pasos, creo que es mejor que no nos volvamos a ver. Dos semanas dijo el especialista. Dos semanas para dejar de ver. Te pido que aceptes que quiero volver a mi persona y que la muerte me encuentre sola, a ser posible mirando el amanecer.

Hemos sido amigos ante todo y, aunque es cierto que en una relación no es cuestión de soltar sino de también sostener; los dos sabemos que este tapiz está tejido, remendado y vuelto a tejer... Marcho en un acto de amor, pues amar, no es poseer. He estado toda mi vida contigo,

compañero, y ahora que la muerte llama a mi puerta quiero yacer sola. No quiero que veas cómo el aliento sale de mi pecho para no volver. Recuérdame viva y así en cada sitio donde estuvimos, tal vez, vuelva a aparecer.

Primero, te digo que no temo a la muerte. El cuerpo es un amasijo de piezas que van mutando y dando refugio a las almas que se liberan mientras caminan. -¿Recuerdas mi cuadro favorito?:

Alejado del artificio, en cuatro cuadrículas, se representaba el legado que vamos dejando desde que crecemos hasta desaparecer. En el lienzo hay una niña, que sostiene una regadera casi tan grande como ella. Está inclinada y vierte agua sobre una planta. Al lado, en la segunda secuencia, han crecido de tamaño las dos, siendo ella una muchacha y el tiesto ya un arbusto. Después, ella es una anciana y sigue dando agua al crecido plantón. Finalmente, en un único plano, se muestra la regadera sola junto con un frondoso árbol. “Un día cuando ya no estés, serás lo que hiciste” se escribe encima de cada dibujo segmentando el mensaje en tres.

Esas palabras me cautivaron , ¿sabes? En realidad nada de lo que hacemos es tan importante pero, a la vez, deja acciones que nos elevan o hunden, que nos iluminan, que hacen que los otros sientan luz y amor a través de lo que damos...y, aunque todo al final caiga en el olvido, mientras esté vivo en alguien, habrá contado.

Yo he intentado regar puntualmente las plantas y ,con los años, he regado mi cabeza. Y he visto flores, ¿sabes? Flores a raudales. Y, si he tenido que hacer poda, no me han dado miedo los injertos. Pasar de higuera a almendro, de rosal a manzano, pues, me ha permitido escuchar a muchas aves y probar muchos y diversos platos.

¿Qué me importa ,llegado este punto, abandonar este mundo que tanto me ha dado?

La vida no nos pertenece. Ella va por libre caminando y nosotros hemos de transitar sus designios, tomar decisiones, dar, recibir y hacer las cosas siempre lo mejor que podemos en el momento en el que estamos. Hay un porcentaje que depende de nosotros, pero el resto, nos viene dado.

A veces, me he sentado a ver los días pasar sin sentir que fueran un regalo y confieso que, otros tantos, me he alojado en la queja de hablar del tiempo, del dinero, de si tenía tanto o cuanto. Me he preocupado de las amistades, del frenesí de acumular posesiones, de tener coche, casa, tener el mejor de los trabajos...

Pero, descubrí, llegado el momento, que todo pasaba, que todo era efímero. Todo. Todo. Lo bueno, lo delicioso, la piel tersa, el deseo, el amor, el lamento, el llanto, el desacuerdo, la conciliación, los hijos, los padres, el miedo, la desazón, la gloria, el triunfo., el desamparo, la soledad impostada y la que abrazamos de la mano.

Me muero, sí. Como todos, algún día, sin poder evitarlo. Yo lo sé desde algún tiempo y estando serena como lo estoy, no siento ningún quebranto. He tenido una vida llena y por qué, no voy a tener una muerte del mismo calado. Que el mundo se vuelva loco, pero yo voy a celebrarlo. Por eso, quiero subir a nuestra Montaña y quiero hacerlo sola para recibirla como las aves: allí, bien alto. Sin miedo a la caída y bien cerca del cielo, no vaya a ser que hay mucha cola ese día y me quede un tiempo a las puertas, esperando...

Riete, anda. Tal vez te parezca que me estoy columpiando con esta idea de irme sola y expirar sin ti, sin los nuestros, sin nada de lo que he amado, querido y cuidado, pero quiero irme desnuda. Toda la ropa la he lucido, en cada momento, en cada suspiro y en cada abrazo de las situaciones que hemos visto juntos, rodeados de cariño, afecto aventuras y cerrando cada ciclo que hemos atesorado.

Pienso en nosotros y en lo he hemos sido y se me ocurre que ¿sabes que hay dos tipos de cera, no? Pues se me ocurre que ,tal vez, nosotros fuimos velas de cera natural, no sintética, y se prendieron porque llovió y cayó un rayo. La diferencia entre una vela y otra es que ambas dan luz, pero cuando se apagan, unas huelen a chamuscado y las otras son como perfume especiado. Y ese olor perdurará en nuestras cabezas como un legado. Mirar el retrovisor y saber que se ha podido vivir algo así es lo que se queda. Como el regalo de envejecer, vernos las arrugas en la cara ,sabiendo cómo fueron talladas, es un espectáculo de agradecer. Ser testigo del cambio como algo hermoso, sabedores de dónde vinimos y que nos hemos podido ver y entender.

En nuestra existencia se vivencian muchas situaciones que pasan por el sufrimiento y el dolor. Muchas veces, es un sentimiento dilatado en nosotros porque no aceptamos lo que tenemos que aprender o tener. Yo no pretendo que mi muerte sea un varapalo para usted, amigo y esposo. Pero sé muy bien que llevará el duelo como humanamente lo pueda tener. Yo he tenido varios y los plasmé en el papel. Siempre encontré en la palabra, igual que lo hace el pintor con el pincel, una manera de sacar lo que en algún momento no te permite ver bien. ¿comprendes?

Tengo una libreta que ,por si tuviera frío, está envuelta en un jersey. Olvidada en el armario como si, a través del calor, pudiera transmutar lo triste en lo alegre y pudiera renacer... Escucha, dice un viejo cuento que en un pequeño pueblo, vivía un viudo que había perdido a su esposa. Su corazón estaba lleno de tristeza y en las noches solitarias, se sentaba junto a la chimenea, recordando su risa y su calidez. Un día mientras revisaba viejas cartas y recuerdos, encontró un poema que ella había escrito antes de fallecer. Era un poema lleno de melancolía que hablaba de la pérdida y de la soledad. Él comenzó a leerlo en voz alta. A medida que las palabras salían de su boca, sintió el peso de la tristeza y el amor que su esposa había volcado en cada verso. Pero, al finalizar, algo extraordinario ocurrió. Una suave brisa entró por la ventana y las palabras del poema brillaron con consciencia en su cara transformándose ante sus ojos. La tristeza del poema se convirtió en una celebración de la vida y del amor que habían compartido. Era como si las palabras pudieran flotar en el aire llenando la habitación de recuerdos alegres. Parecía que ella estuviera allí y él sintió que el

dolor se disipaba. Era como si ella le hubiera abierto el alma y él ,siendo su amigo, la escuchara convirtiendo ese lamento en un abrazo y que los dos se reconfortaran.

Me gustaría que cogieras mi libreta y que tú también leyeras mis versos en voz alta, así mis penas escritas volarán al firmamento y sabiendo que yo sonrío porque tú vas a hacerlo.Podrás llevar una sonrisa cuando yo me haya disipado.

Cesó la lectura y fue a buscar el cuaderno de su mujer. Abrió la cubierta y comenzó a leer:

Navegar por el tiempo.

Navegar en el tiempo.

Navegar contra el tiempo.

Manca de horizonte y presa de momentos,

Anulo el ahora por estrangular el aliento.

Pensamiento tirano,

falso amigo de enredos,

camarada cojo que cantas

y testimonias reflejos

de las palabras,

de los actos,

de inventados tormentos.

Rascacielo inmundo de ventanas encontradas

la vida te envuelve,te sorprende sin ganas.

En el fluir de un aire oscuro.

En el fluir de rama ahogada.

En el estanque de los sueños

palpitan robadas ansias.

Burbujean los recuerdos

sazonados de miel amarga.

Habr  solo una piedra

una robusta, una rasgada

Sólo un impacto callado,

uno certero,

uno que aguarda.

Y saldrán las mariposas.

Saldr n sin polvo,

saldrán sin alas,

saldrán muy libres,

despojadas

de sus migrañas.

Amplio rascacielo inmundo

Murió la llave de tu morada...

Y notó la calidez de una lágrima que destilaba por sus pómulos como símbolo de la conexión con su mujer. Y si bien no sintió en aquel instante el consuelo o la alegría de aquel personaje del cuento; sintió algo más valioso: serenidad en su ser. Volvió a retomar la misiva y terminó de leer:

Sonríe siempre que puedas, que mi ausencia no te impida crecer. Hemos vivido de todo y ahora tienes capítulos nuevos por recorrer. Escucha, cuando me vaya y no esté, recuerda que me voy celebrando la vida y celebrando la muerte también. Quién sabe que pueda ser la ausencia de vida si no te has sentido muerta, tal vez sea un renacer. Recuerda: te quiero y te querré... Disfruta de la calma, yo me la llevo allá donde esté...

En algunos pueblos, echamos de menos a nuestros muertos y la pena se pega como una lapa en nuestros trajes, vestidos, en nuestros pulmones, en el camino, en nuestros pasos; eclipsando la alegría que sentíamos antaño, pero, algunos pasan a celebrarlo como un tránsito de la vida y atesoran recuerdos de los que se van en el regazo. Su esposa se marchó caminando y celebró el agradecimiento de haberla transitado...

La primavera traerá flores, en el otoño las veremos caer. La nieve nos traerá frío pero, con las memorias de los nuestros, dibujaremos nuevos momentos y volverá a amanecer.

Todos parecíamos tristes, todos, menos él.